

Mr. Crocker fue hace dos años á visitarme á la enfermería de María Teresa, y me hizo observar la semejanza de vuestras opiniones y de nuestra suerte. Los acontecimientos nos han separado del mundo, pues la política forma solitarios, como la religión anacoretas. Cuando el hombre habita en el desierto, encuentra en sí mismo una lejana imágen del ser infinito que, viviendo solo en la inmensidad, ve sucederse unas á otras las revoluciones de los mundos.

PROSIGUEN MIS COMUNICACIONES.

Durante los meses de junio y julio los asuntos de España empezaron á ocupar seriamente al gabinete de Londres. Lord Londonderry y la mayor parte de los ministros manifestaban, al tratar de este negocio, una inquietud y un temor risibles. El ministerio se figuraba que en caso de ruptura, tal vez no quedaríamos airosos con los españoles, y en cuanto á los embajadores de las demás potencias, temblaban al imaginar que podíamos ser batidos, pues siempre veían á nuestro ejército pronto á engalanarse con la escarapela tricolor.

En mi comunicacion de 28 de junio, número 35, expresaba del modo siguiente las disposiciones de la Inglaterra:

Londres 28 de junio de 1822.

«Señor vizconde: Me ha sido mas difícil poder decirlo que piensa lord Londonderry respecto á España que fácil me será penetrar el secreto de las instrucciones dadas á sir W. A. Court; nada, sin embargo, omitiré para procurarme los pormenores que me pedis en vuestro último despacho, número 18. Si no he juzgado mal la política del gabinete inglés, y el carácter de lord Londonderry, estoy persuadido de que sir W. A. Court no ha llevado la menor orden escrita. Se le habrá recomendado observar á las partes sin mezclarse entre ellas, porque el gobierno inglés no quiere las córtés y desprecia á Fernando, pudiéndose asegurar que nada hará en favor de los realistas. Por otra parte, nuestra creciente prosperidad inspira mucha envidia, y aunque aquí, entre los hombres de Estado, hay un vago temor á las pasiones revolucionarias de España, se halla subordinado á intereses particulares; de modo que el mismo principio que impide á la Inglaterra retirar su embajador de Constantinopla se lo hace conservar en Madrid; pues siempre se separa de las reglas comunes y solo atiende al partido que puede sacar del trastorno de las naciones.

»Tengo el honor, etc.»

El 16 de julio volví á escribir á Mr. de Montmorency lo que sigue:

Londres 16 de julio de 1822.

«Señor vizconde: Los periódicos ingleses, refiriéndose á los franceses, nos dan hoy noticias de Madrid hasta el 8 del corriente inclusive. Nada he esperado del rey de España, y al fin los sucesos no me han sorprendido: si debe perecer ese desgraciado príncipe, el género de su catástrofe no puede ser indiferente al resto del mundo, pues al paso que el puñal solo mataría al monarca, pudiera tal vez el cadalso matar á la monarquía. Bastan ya para juicios los de Carlos I y Luis XVI, y el cielo nos preserve de un tercero, que sancionaría una especie de derecho en los pueblos y un cuerpo de jurisprudencia contra los reyes. Todo podemos esperar al presente, y la declaracion de guerra del gobierno español es una de las eventualidades que el francés ha debido prever. De todos modos, pronto tendrá que desaparecer el cordon sanitario, por falta de pretextos para que subsista: será, pues, preciso confesar que se convierte en un cuerpo

de ejército, y exponer los motivos de su conservacion, lo cual equivaldrá á una declaracion de guerra. ¿Disolveremos, pues, el cordon sanitario? Semejante acto de debilidad comprometería á la Francia, humillaría al ministerio y reanimaría entre nosotros las esperanzas de la faccion revolucionaria.

»Tengo el honor, etc.»

DOS PALABRAS RESPECTO AL CONGRESO DE VERONA.— CARTA Á MR. DE MONTMORENCY.—SU CONTESTACION.—CARTA MAS FAVORABLE DE MR. DE VILLELE.—ESCRIBO Á MAD. DURAS.—BILLETE DE MR. DE LILLE Á LA MISMA.

Desde el congreso de Viena y el de Aquisgram los príncipes de Europa no pensaban mas que en celebrar otros, pues en ellos se divertían repartiéndose los pueblos. No bien se terminó en Troppau el congreso empezado en Laibach, cuando ya se dispuso convocar otro en Viena, en Ferrara ó en Verona, porque los asuntos de España ofrecían la ocasion de apresurar el momento. Cada córte habia ya designado su embajador.

En Londres se preparaba todo el mundo para marchar á Verona, y como siempre habian sido las cuestiones españolas mi principal estudio; como también tenia yo formado mi plan para el honor de la Francia, creía ser de alguna utilidad en el nuevo congreso, haciéndome al paso conocer bajo un aspecto en que no se pensaba. Escribí ya el 24 de mayo á Mr. de Montmorency, pero no obtuve su favor, pues su larga contestacion fue evasiva, y concluía con este párrafo:

«Si he de decirlo que siento, noble vizconde, mis observaciones y las de las personas que conocen bien el terreno que pisais me han hecho pensar que el ministerio inglés siempre está dispuesto á recelar de aquellos hombres á quienes distingue el favor directo del rey y el crédito de la sociedad. ¿No habeis hecho alto, respecto á vos, en esta circunstancia?»

¿Por dónde habian llegado á noticia del vizconde de Montmorency mi favor para con el rey de Inglaterra y mi crédito en la alta sociedad inglesa que supongo seria el que me dispensaba la marquesa de Conyngham? Lo ignoro.

Previendo, pues, que iba á perder la partida con el ministro de Negocios Extranjeros, me dirigí á monsieur de Villele, amigo mio entonces y poco inclinado á su colega. Hé aqui parte de su contestacion:

Paris 5 de mayo de 1822.

«Os doy las gracias por todo cuanto trabajais en nuestro favor, y os aseguro que la determinacion de esa córte respecto á las colonias españolas no influirá en la nuestra.

»No permitiremos que se deshonre el gobierno francés por su falta de participacion en los sucesos que pueden surgir del estado actual de Europa, y creemos que los gabinetes se equivocan mucho acerca de los medios reales con que podemos contar y del poder que ejerce el gobierno en los limites que se ha prescrito, pues nos ofrecen mas recursos que los que se creen, y espero que sabremos probarlo cuando llegue la ocasion.

»Vos nos ayudareis en esa grande circunstancia, si se presenta: lo sabemos positivamente, y contamos con vuestro esfuerzo, pues el honor será para todos, y aunque ahora no se trata de esto, cada cual obtendrá lo que sus servicios reclaman: rivalizemos, pues, para prestarlos muy señalados.

»No sé si esto acabará por un congreso; en todo caso, no olvidaré lo que me habeis escrito.»

En vista de estas palabras, apuré al ministro de Ha-

cienda por medio de la marquesa de Duras, á quien él contestó lo siguiente:

«Nada tenemos que hablar, porque estoy dispuesto á hacer por el bien público y por mi amigo todo cuanto me inspire mi celo. Os repito, pues, que no necesito estímulos, porque obro por conviccion y por sentimiento propio.

»JH DE VILLELE.»

MUERTE DE LORD LONDONDERRY.

Mi última comunicacion, de fecha 9 de agosto, anunciaba á Mr. de Montmorency que lord Londonderry partiría para Viena del 15 al 20; pero el destino iba á darme un solemne mentís, pues muy pronto tuve que despachar á mi gobierno el aviso siguiente:

Londres 12 de agosto de 1822.
(A las cuatro de la tarde.)

Comunicacion transmitida á Paris por el telégrafo de Calais.

«El marqués de Londonderry ha muerto repentinamente hoy 12 del corriente á las nueve de la mañana, en su quinta de North-Cray.»

Londres 15 de agosto de 1822.

Número 49.

«Señor vizconde: Si la atmósfera no ha opuesto algun obstáculo á mi comunicacion telegráfica, espero que sereis el primero que haya recibido en el continente la noticia de la repentina muerte de lord Londonderry.

»Esta muerte ha sido sumamente trágica. El noble marqués se hallaba en Londres el viernes, y sintiéndose con la cabeza algo pesada, se hizo sangrar, despues de lo cual se fue á North-Cray, donde la marquesa se encontraba hacia un mes. El sábado 10 se le declaró una calentura, que siguió el domingo 11; pero pareció ceder durante la noche, y el lunes 12 por la mañana seguía tan bien el enfermo, que su esposa creyó que podría separarse de él un momento. Lord Londonderry, cuya cabeza estaba trastornada, al verse solo se levantó, pasó á un gabinete, cogió una navaja de afeitar, y de un golpe se cortó la vena yugular: al momento cayó bañado en sangre á los piés de un médico que acudía á su socorro.

»Se oculta en cuanto es posible este accidente deplorabile; pero ha llegado ya desfigurado á conocimiento del público, dando lugar á mil especies absurdas.

¿Por qué habrá atentado lord Londonderry á sus dias? No tenia pasiones ni era desgraciado, y estaba mas seguro que nunca en su puesto; se proponía marchar el jueves próximo y estar de vuelta el 15 de octubre para asistir á las cacerías dispuestas de antemano, á las cuales me habia convidado. La Providencia ha ordenado otra cosa, y lord Londonderry ha seguido al duque de Richelieu.»

Hé aqui algunos pormenores que no se leen en mis comunicaciones:

A su vuelta de Londres me contó Jorge IV que habia ido lord Londonderry á llevarle el proyecto de instruccion, que habia redactado para sí mismo y que debia seguir en el congreso. Jorge IV tomó el manuscrito, y empezó la lectura en alta voz; pero notando que el marqués no le escuchaba y que dirigía la vista hácia el techo de la cámara, le preguntó: — «¿Qué teneis, lord?—Señor, contestó el marqués: es ese insufrible John (un jockey), que está en la puerta y no se quiere marchar, aunque no ceso de

mandárselo.» Admirado el rey, cerró el manuscrito, y dijo: — «Estais enfermo, milord; volved á casa y disponed que os sangren.» Lord Londonderry salió, y compró en un almacén la navaja, con la cual se suicidó.

El 15 proseguí diciendo á Mr. de Montmorency:

«Se han enviado correos á todas partes para llamar á los ministros ausentes, pues ninguno de ellos se hallaba en Londres el dia del acontecimiento. Se les aguarda hoy ó mañana, y celebrarán un consejo; pero nada decidirán, porque en último resultado el rey será quien les nombre un colega, y ahora está en Edimburgo, siendo probable que no se apresure á hacer la eleccion en medio de las fiestas. La muerte del marqués es funesta para la Inglaterra; no era amado, pero sí temido; los radicales le odiaban, pero le tenían mucho miedo. Imponía á la oposicion la cual no se atrevia contra él en la tribuna y en los periódicos; su imperturbable sangre fria, su profunda indiferencia hácia los hombres y las cosas, su instinto de despotismo y su desprecio secreto á la libertad constitucional hacían de él un ministro para luchar venturosamente contra las exigencias del siglo. Sus defectos eran nobles cualidades en una época en que la exageracion y la democracia amenazan al mundo.

»Tengo el honor de ser etc.»

Londres 15 de agosto de 1822.

«Señor vizconde: Las noticias ulteriores han confirmado lo que os he comunicado acerca de la muerte del marqués de Londonderry; parece, sin embargo que el instrumento con que el infortunado ministro se cortó la vena yugular fue, no una navaja de afeitar, sino un cortaplumas. El informe del coroner os instruirá de todo.

»Al presente ya debeis saber que lord Londonderry habia dado pruebas de enagenacion mental algunos dias antes de su suicidio, y que el rey se habia apercibido de ello. Ahora me llama la atencion una circunstancia en que antes no habia reparado, y que merece referirse. Hace unos doce ó quince dias que fui á ver al marqués de Londonderry, y contra su costumbre y la del país, me recibí con familiaridad en su gabinete de vestir. Iba á afeitarse, y me hizo riéndose sarcásticamente un pomposo elogio de las navajas inglesas; y habiéndole yo felicitado por la clausura de las sesiones, me contestó: — «Sí; es preciso que eso se acabe, ó que acabe yo.

»Tengo el honor etc.»

Todo cuanto los radicales ingleses y los liberales de Francia han referido, á saber: que el marqués se mató por desesperacion política, conociendo que iban á triunfar los principios opuestos á los suyos, es una fábula inventada por la imaginacion de unos y por el espíritu de partido de otros. Lord Londonderry no era hombre capaz de arrepentirse por haber pecado contra la humanidad ni contra las luces del siglo: la locura entró por las mujeres en la familia Castle-reagh.

Decidióse que el duque de Wellington acompañado de lord Chamwilliam, ocuparía en el congreso el lugar de lord Londonderry; las instrucciones oficiales eran: olvidar completamente á la Italia; no mezclarse en los asuntos de España, y negociar los de Oriente, manteniendo la paz sin aumentar la influencia de la Rusia. Las probabilidades estaban siempre en favor de Mr. Canning, y la cartera de Negocios Extranjeros se habia confiado interinamente á lord Bathurst, ministro de las Colonias.

Asistí á los funerales de lord Londonderry en Westminster, el 20 de agosto. El duque de Wellington parecia conmovido, y lord Liverpool se veía precisado

á cubrirse el rostro con el sombrero para ocultar sus lágrimas. Oyéronse en la parte exterior algunos gritos insultantes cuando el cuerpo entró en la iglesia; pero sabido es que Colbert y Luis XIV no fueron mas respetados. Los vivos nada pueden enseñar á los muertos; los muertos, por el contrario, son los que instruyen á los vivos.

NUEVA CARTA DE MR. DE MONTMORENCY. — VIAJE Á HARTWELL. — BILLETE DE MR. DE VILLELE ANUNCIÁNDOSE MI NOMBRAMIENTO PARA EL CONGRESO.

Carta de Mr. de Montmorency.

Paris 17 de agosto.

«Aunque no hay comunicaciones importantes que confiar á vuestro fiel Jacinto, le hago marchar, noble vizconde, en virtud de vuestro deseo y del que me ha manifestado de parte de vuestra esposa, de saber que se hallará pronto á vuestro lado. Aprovecho la ocasión para dirigiros algunas palabras confidenciales acerca de la profunda impresion que nos ha causado la terrible muerte del marqués de Londonderry, y tambien respecto á otro asunto, en el cual parece que os interesais de un modo exagerado y exclusivo. El consejo ha aprovechado estos dias, despues de la clausura que se ha verificado hoy, para discutir las direcciones principales, las instrucciones que se han de dar y aun las personas que deben elegirse: la primera cuestion es saber si ha de ser una ó varias. Me parece que habeis expresado alguna vez vuestra admiracion de que se pudiese pensar en... Si despues de un maduro exámen no creyésemos posible aprovecharnos de la buena voluntad que francamente nos habeis manifestado en este asunto, serian necesarios para nuestra determinacion graves motivos que con igual franqueza os comunicaria. El aplazamiento, por el contrario, es favorable á vuestro deseo, porque seria poco conveniente para todos que saliérais de Londres antes de la decision ministerial, que no deja de ocupar á todos los gabinetes. Esto llama tanto la atencion, que varios amigos me han dicho: si Mr. de Chateaubriand hubiese venido ya á Paris, seria para él muy fastidioso tener que volverse hoy precipitadamente á Londres. Esperamos, pues, ese nombramiento importante cuando el rey vuelva de Edimburgo. El caballero Stuart decia ayer que el duque de Wellington irá probablemente al congreso, y esto nos importa mucho saberlo cuanto antes. Mr. Hyde de Neuville llegó ayer en completa salud, y me alegré mucho al verle. Os renuevo, noble vizconde, la seguridad de mis inviolables sentimientos.

«MONTMORENCY.»

Esta nueva carta de Mr. de Montmorency, salpicada de algunas frases irónicas, me confirmó en la idea de que no queria que fuese yo al congreso.

El dia de San Luis di una comida en honor de Luis XVIII, y fui á Hartwell en memoria del destierro de este rey, cumpliendo un deber mas bien que satisfaciendo un capricho: los infortunios reales son al presente tan comunes, que nadie se interesa por los sitios en que no han habitado el genio ó la virtud. Solo vi en el triste parque de Hartwell á la hija de Luis XVI.

Por último, recibí el siguiente billete inesperado de Mr. de Villele, que puso fin á mi incertidumbre.

27 de agosto de 1822.

«Mi querido Chateaubriand: Se ha dispuesto que en cuanto la conveniencia relativa á la vuelta del rey á Londres os lo permita, se os autorizará para venir

á Paris, á fin de que partais en seguida á Viena ó Verona, como uno de los tres plenipotenciarios encargados de representar á la Francia en el congreso: los otros dos serán MM. de Caraman y de LaFerronnays lo cual no impide que Mr. de Montmorency marche pasado mañana á Viena, con el objeto de asistir á las conferencias que en dicha ciudad puedan celebrarse antes de que se instale el congreso. Volverá á Paris cuando partan los soberanos para Verona.

»Me felicito de que este asunto haya terminado á medida de vuestro deseo.»

En vista del contenido de esta carta, me preparé á marchar.

FIN DE LA VIEJA INGLATERRA. — CARLOTA. — REFLEXIONES. — SALGO DE LONDRES.

Con lord Londonderry espiró la vieja Inglaterra, que hasta entonces habia luchado en medio de crecientes innovaciones. Sucedióle Mr. Canning, cuyo amor propio le hizo hablar en la tribuna el idioma de la propaganda. Apareció despues el duque Wellington, conservador que se presentaba á destruir porque cuando la sociedad pronuncia una sentencia, la mano que debe edificar solo sabe demoler. Lord Gray, O'Connell, todos estos trabajadores de ruinas contribuyeron sucesivamente á la destruccion de las antiguas instituciones. Reforma parlamentaria, emancipacion de la Irlanda, cosas buenas en sí mismas, se convirtieron, por los malos tiempos, en principios de desorden. El temor acrecentó los males, porque si se hubiesen perturbado los ánimos con las amenazas, se hubiera podido resistir con esperanzas de algun éxito. ¿Qué necesidad tenia la Inglaterra de consentir nuestras últimas turbulencias? Ella se encontraba al abrigo encerrada en su isla y en medio de sus enemistades nacionales. ¿Qué necesidad tenia el gabinete de Saint-James de temer la separacion de la Irlanda? Esta nacion no es mas que la canoa de la Inglaterra: cortad la amarra, y la canoa separada del navío, irá á perderse entre las olas. Lord Liverpool tenia tristes presentimientos. Comí un dia en su casa, y despues nos pusimos á hablar al lado de una ventana que daba á Tamesis: no pude menos de elogiar la solidez de la monarquía inglesa, ponderada por el equilibrio exacto de la libertad y del poder; pero el venerable lord, extendiendo el brazo hácia los edificios que se divisaban, me dijo: — ¿Qué es lo que conserva solidez en una ciudad tan vasta? Si acaeciera una insurreccion sería en Londres, todo se perdería.

Me parece que acabo de estudiar á la Inglaterra, como estudié en otro tiempo en las ruinas de Atenas de Jerusalem, de Memphis y de Cartago. Repasando los siglos de Albion, viéndolos abismarse uno tras otro, experimento una especie de vértigo doloroso. ¿Qué se han hecho aquellos brillantes y tumultuosos dias en que vivieron Shakspeare, Milton, Enrique VIII é Isabel, Cromwell y Guillermo, Pitt y Burk? Todo ha concluido; superioridades y medianías, odios y amores, felicidades y miserias, opresores y oprimidos, verdugos y víctimas, reyes y pueblos; todo duerme en el mismo silencio y en el mismo polvo.

¿Cuántas veces ha sido destruida la Inglaterra en el espacio de algunos centenares de años! ¿Por cuántas revoluciones ha pasado para llegar á una revolucion mas grande, mas profunda, que abrazará á la posteridad! Yo he visto en todo su poderío los famosos parlamentos británicos. ¿En qué se convertirán? He visto la Inglaterra con sus antiguas costumbres y su antigua prosperidad: en todas partes la iglesia solitaria con su torrecilla, prados llenos de vacas, el cementerio de Gray, caminos estrechos y arenosos, parques, palacios y quintas, pocos bosques, pocas aves y el

viento del mar. No eran los campos de la Andalucía, donde solia encontrar á los cristianos viejos y los jóvenes amores entre las voluptuosas ruinas de los palacios moriscos, entre los aloes y las palmeras.

¿Quid dignum memorare tuis, Hispania, terris Vox humana valet?»

«¿Qué voz humana, oh España, merece el alto honor de recordarnos tus praderas?»

Tampoco era aquella la campiña romana cuyo irresistible encanto jamás puedo olvidar: aquellas olas y aquel sol no eran los que bañan é iluminan el promontorio, sobre el cual enseñaba Platon á sus discípulos; pero, en fin, tal cual era aquella Inglaterra, rodeada por el mar, cubierta de buques y profesando el culto de sus grandes hombres, era hermosa y temible.

Hoy se ven oscurecidas sus praderas por el humo de sus inmensas fraguas: sus colegios y sus capillas góticas, medio abandonadas, contristan la vista, y en sus claustros, al lado de las piedras sepulcrales de la edad media, descansan olvidados los anales de mármol de los antiguos pueblos de la Grecia, como ruinas guardadas por otras ruinas.

Me separé por segunda vez de mi juventud en la misma ribera donde la habia abandonado la vez primera. Carlota habia vuelto á reaparecer como ese astro, contento de las sombras, que se levanta entre las tinieblas de la noche. Si no estais fatigados, buscad en estas *Memorias* el efecto que produjo en mi ánimo en 1822 la presencia de esta mujer. Cuando me divisó en otro tiempo, yo no conocia á esas inglesas que me rodeaban en tropel cuando me veian célebre y poderoso: sus homenajes tuvieron toda la versatilidad y ligereza de mi suerte. Hoy, despues que han pasado seis años desde que cesé de ser embajador en Londres, mis miradas se dirigen todavía á la hija del país de Desdemona y de Julieta: su inesperada presencia avivó la llama de mis recuerdos. Nuevo Epiménides, despierto despues de un largo sueño, fijo la vista en un faro, tanto mas radiante, cuanto que los otros se han eclipsado ya; uno solo brillará para mí durante mucho tiempo.

No he concluido de escribir en las páginas anteriores todo lo que concierne á Carlota: fué á verme á Francia con parte de su familia, cuando era ministro en 1823. Por uno de esos misterios inexplicables del hombre, hallándome enteramente absorto en una guerra, de la cual dependia la suerte de la monarquía francesa, alguna expresion faltaria sin duda á mi voz, pues Carlota, al volver á Inglaterra, me dejó una carta, en la cual se manifiesta herida por mi recepcion. Yo no me he atrevido á escribirle ni á enviarle los fragmentos literarios que me habia entregado y que le habia prometido entregar aumentados. Si es cierto que ella tuviese un motivo verdadero para quejarse, arrojaria al fuego cuanto he referido de mi primera residencia en Ultramar.

Muchas veces he tenido el pensamiento de ir á aclarar mis dudas; pero ¿podria volver á Inglaterra, yo que no me atrevo á visitar la roca paterna, en la cual he trazado mi sepulcro? Ahora tengo miedo de las sensaciones, pues robándome el tiempo mis mejores años, me parezco á esos soldados, cuyos miembros han quedado en el campo de batalla: como mi sangre tiene un camino menos largo que recorrer, se precipita en mi corazon con una afluencia tan rápida, que este viejo órgano de mis placeres y de mis dolores palpita como si fuese á quebrarse. El deseo de quemar lo que se refiere á Carlota, aun cuando la trato con religioso respeto, se mezcla al deseo que tengo de inutilizar estas *Memorias*, si hoy me perteneciesen; si pudiera volver á comprarlas, sucumbiria á la tentacion. Me acosa tan grande disgusto de todo, siento tanto desprecio por

lo presente y por el porvenir inmediato, que me avergüenzo de emplear mis últimos momentos en referir cosas pasadas, en pintar un mundo gastado, cuyo nombre é idioma nunca se comprenderán.

El hombre se engaña tanto por el logro de sus deseos como por el desengaño; yo habia deseado, contra mi instinto natural, ir al Congreso, y aprovechando una prevencion de Mr. de Villele, le conduje hasta el punto de obtener la firma de Mr. de Montmorency. Y sin embargo, no me inclinaba yo verdaderamente á lo que habia obtenido: sin duda me hubiera picado si se me hubiese hecho quedar en Inglaterra; pero la idea de ver á Mad. Sutton y la de viajar por los tres reinos hubieran triunfado de una ambicion que no es adherente á mi naturaleza. Dios lo dispuso de otro modo, y partí para Verona: de aquí dimanó el cambio de mi vida, la guerra de España, mi triunfo, mi caída y la de la monarquía.

Uno de los dos lindos niños que me recomendó Carlota en 1822 acaba de verme en Paris: hoy es el capitán Sutton, y está casado con una hermosa jóven: me ha dicho que su madre, muy enferma, ha pasado últimamente un invierno en Londres.

Me embarqué en Douvres el 8 de setiembre de 1822, desde donde veinte y dos años antes se dió á la vela Mr. Lassagne. Desde aquella fecha hasta el presente han pasado treinta y nueve años. Cuando una fija su atencion en la vida pasada cree ver sobre la soledad del mar los restos de un buque que ha desaparecido; ú oír el fúnebre clamoreo de una campana sin ver la ruinosa torre que la sostiene.

1824, 1825, 1826 y 1827.

Revisado en diciembre de 1846.

LIBERTAD DEL REY DE ESPAÑA. — MI DESTITUCION.

Aquí viene á colocarse por orden de fechas el *Congreso de Verona*, que he publicado en dos tomos separados. Mi guerra de España, el gran acontecimiento político de mi vida era una empresa gigantesca. La legitimidad iba á combatir por la vez primera bajo la bandera blanca, y á disparar cañonazos despues de los cañonazos del imperio que resonaran en la posteridad. Ocupar de un golpe la España; triunfar en el mismo suelo en que un conquistador habia sufrido reveses; hacer en pocos meses lo que él no pudo hacer en siete años, ¿quién hubiera podido aspirar á semejante prodigio? Yo lo pretendí, pero; cuántas maldiciones han caído sobre mi cabeza en la mesa de juego en que la restauracion me habia colocado! Tenia delante de mí á la Francia, enemiga de los Borbones, y á dos ministros extranjeros, el príncipe de Metternich y monsieur Canning. No trascurrea dia sin que recibiese cartas en que se me anunciaba una catástrofe, porque la guerra con la España no era popular en Francia ni en Europa. En efecto, no tardó en verificarse mi caída, poco despues de mi triunfo en la Península.

Despues del anuncio de la libertad del rey de España, dado por el telégrafo, fuimos los ministros á palacio llenos de ardor, y entonces tuve el presentimiento de mi caída. El rey y *Monsieur* no nos divisaron: la duquesa de Angulema, absorta con el triunfo de su esposo, á nadie veia. Esta víctima inmortal escribió acerca de la libertad de Fernando una carta, que concluía con esta exclamacion, sublime en la boca de la hija de Luis XVI. «¡Queda ya demostrado que se puede salvar á un rey desgraciado!»

El domingo antes de asistir al consejo fui á visitar á la familia real: la augusta princesa dirigió á mis colegas algunas palabras, y á mí ninguna. Sin duda yo no merecia igual honor: el silencio de la huérfana del Temple nunca puede ser ingrato.

Así seguimos hasta Pentecostés; mis amigos no de-

jaban de estar inquietos, y me decían continuamente: «Sereis destituido mañana.—Si quieren, contestaba yo, que lo hagan ahora mismo.» El día de Pascua, 6 de junio de 1824, entré en el salón de *Monsieur*, y un ugiar fue á decirme que me llamaban. Era mi secretario, Jacinto, el cual me dijo que ya no era yo ministro. Abrí el pliego que me entregó, y encontré este billete de Mr. de Villele:

«Señor vizconde: Obedezco las órdenes del rey al transmitir á V. E. un decreto que acaba de firmar S. M.
»El señor conde de Villele, presidente de nuestro consejo de ministros, queda encargado interinamente del ministerio de Negocios Extranjeros, en reemplazo del señor vizconde de Chateaubriand.»

El decreto estaba escrito por Mr. de Renneville, que tuvo por conveniente evitar abochornarse delante de mí. ¿Por ventura le conozco? ¿He pensado en él alguna vez? Le encuentro muchas veces; pero, ¿ha sospechado que soy sabedor de que el decreto, que me ha borrado de la lista de los ministros estaba escrito de su puño?

¿Y qué era lo que yo había hecho? ¿En dónde estaban mis intrigas y mi ambición? ¿Había deseado la plaza de Mr. de Villele, yendo solo y de incógnito á pasearme por el bosque de Boloña? Esta conducta extraña me perdió, pues tuve la simpleza de mostrarme como la naturaleza me había hecho, y por lo mismo que nada envidiaba, se creyó que lo quería todo. Ahora conozco que la vida que yo llevaba era una falta. ¿Cómo! ¿Nada quereis ser? Marchad de aquí. No queremos que un hombre desprecie lo que nosotros adoramos, y que se crea facultado para insultar nuestra medianía.

El embarazo de la riqueza y los inconvenientes de la miseria me siguieron á mi casa de la calle de la Universidad. El día de mi destitución tenía convite en el ministerio, y me fue preciso pasar aviso á los convidados y volver á guardar el servicio dispuesto para cuarenta personas. Un antiguo amigo participó de la comida del ex-ministro. La ciudad y la corte se admiraron del suceso, pues todos convinieron en que no era procedente mi caída despues del servicio que acababa de prestar; creían que mi desgracia seria de corta duracion, y se daban muchos gran importancia consolando un infortunio de pocos dias, al cabo de los cuales suponían que yo volveria al ministerio.

Se engañaban; contaron con mi pusilanimidad; llegaron á figurarse que besaria los piés de los que me habian arrojado, y esto era no conocerme. Me retiré sin reclamar lo que se me debía, sin recibir él mas pequeño favor de la corte; cerré la puerta á los que me habian hecho traición; rehusé todo consuelo, y eché mano á las armas. En vista de esto cambió enteramente la escena: fui blanco de la crítica universal, y mi jugada que por de pronto habia parecido tan brillante en los salones y antecorredores tomó un aspecto horrible.

¿No hubiera obrado mejor callando despues de mi destitución? El proceder que se habia tenido conmigo, ¿me hubiera conquistado el favor público? Mr. de Villele me ha repetido que su billete se habia retrasado, por lo cual me fue entregado en palacio. Tal vez seria así; pero cuando se juega se debe calcular todo, y por último, no se escribe á un amigo que vale algo una carta semejante. Pero la irritación del partido Villele era grande contra mí, porque queria apropiarse mi obra, y porque yo habia manifestado entender ciertas materias que suponían ignoraba completamente.

Sin duda que el silencio y la moderación, como se decia, me hubieran ganado el amor de los que siempre adoran al que es ministro, y haciendo sufrir á mi inocencia, tal vez hubiera vuelto á entrar en el con-

sejo. Esto estaba en el orden comun de las cosas; pero era hacerme aparecer como no soy, y suponerme capaz de querer apoderarme del timon del Estado.

La idea que tenia del gobierno representativo me condujo á la oposicion: la oposicion sistemática es la única propia de esta clase de gobierno, porque la de conciencia es impotente. Es indispensable elegir un gefe, justo apreciador de las buenas y de las malas leyes: si esto no se hace, cada diputado equivoca su ignorancia con su conciencia, y la pone en la urna. La oposicion de conciencia consiste en flotar entre los partidos, en tascar el freno, en votar segun las circunstancias y en mostrarse magnánimo á despecho del corazon. Mientras la Inglaterra ha permanecido grande, solo ha conocido la oposicion sistemática: los ministros entraban y salían con sus amigos, y al dejar las carteras se sentaban en el banco de los que hacían la guerra. El que descendía por no haber querido aceptar un sistema, debía combatirlo desde la tribuna si dicho sistema prevalecia en el gobierno, porque los hombres solo representaban principios, y la oposicion sistemática los ataca cuando presenta la batalla al ministerio, cuyos principios se oponen á los suyos.

LA OPOSICION ME SIGUE.

Mi caída hizo gran ruido: los que se mostraban mas satisfechos de ella censuraban la forma. Despues he sabido que Mr. de Villele titubeó: Mr. de Corbiere decidió la cuestion:—«Si entra por una puerta en el consejo, debió decir, salgo por la otra.» Dejaronme salir: era cosa muy sencilla que Mr. de Corbiere fuese preferido á mí. No por eso le quise mal: yo le incomodaba, y me hizo despejar: hizo bien.

Al día inmediato á mi caída y los siguientes se leían en el *Diario de los Debates* estas palabras, tan honorosas para MM. Bertin:

«Por segunda vez ha sufrido Mr. de Chateaubriand la prueba de una destitución solemne.

»En 1816 fue destituido como ministro de Estado por haber atacado con su inmortal obra de *La Monarquía segun la carta* la famosa ordenanza de 5 de setiembre, que pronunciaba la disolución de la Cámara sin igual de 1815. MM. de Villele y Corbiere eran á la sazón simples diputados, gefes de la oposicion realista, y por haber abrazado su defensa fue Mr. de Chateaubriand víctima de la cólera ministerial.

»En 1824 ha vuelto á ser destituido Mr. de Chateaubriand, siendo sacrificado por MM. de Villele y Corbiere, ahora ministros. ¿Cosa extraña! En 1816 fue castigado por haber hablado; en 1824 se le castiga por haber callado: su crimen ha sido haber guardado silencio en la discusión sobre la ley de las rentas. Todos los desfavores no son desgracias: la opinion pública, supremo juez, nos dirá dónde debe colocarse á Mr. de Chateaubriand, y á quién ha sido mas fatal la ordenanza de este día, si al vencedor ó al vencido.

»¿Quién nos habria dicho al abrirse la sesion que echaríamos á perder de esa manera todos los resultados de la empresa de España? ¿Qué necesitábamos este año? Nada mas que la ley sobre la septuagésima, pero la ley completa, y los presupuestos. Los asuntos de España, del Oriente y de las Américas, conducidos como lo estaban prudentemente y en silencio, se habrian aclarado: teníamos ante los ojos el mas bello porvenir: se ha querido coger un fruto verde: no se ha caído, y se ha creído que se podria acelerar la precipitación con la violencia.

»La cólera y la envidia son malos consejeros: no es con pasiones, ni caminando á saltos, como se gobiernan los Estados.

»P. D. En la cámara de los Diputados ha sido aprobada esta tarde la ley sobre la septuagésima. Puede decirse que las doctrinas de Mr. de Chateaubriand

Mr. de Chateaubriand á Mr. de Caraman.

Paris 22 de junio de 1824.

«He recibido, señor marqués, vuestras cartas del 14 del corriente. Otros que yo os enseñaran el camino que habeis de seguir en lo sucesivo: si él es conforme á lo que habeis oído, os llevará lejos. Es probable que mi destitución cause gran placer á Mr. de Metternich por unos quince dias.

»Recibid, señor marqués, mis respetos y la nueva seguridad de mi afecto y de mi alta consideración.

»CHATEAUBRIAND.»

Mr. de Chateaubriand á Mr. Hyde de Neuville.

Paris 22 de junio de 1824.

«Sin duda habeis sabido mi destitución. No me queda mas que decir os cuán feliz era en sostener con vos relaciones que acaban de romperse. Continúad, estimado y antiguo amigo mio, prestando servicios á vuestro país, pero no conteis demasiado con la gratitud, y no creais que vuestros triunfos sean una razon para manteneros en el puesto que tanto sabeis honrar.

»Os deseo, caballero, toda la felicidad que mereceis.

»P. D. Recibo en este momento vuestra carta de 5 del corriente, en que me anunciáis la llegada de Mr. de Merona. Os doy gracias por vuestra amistad; podeis estar seguro de que no he buscado otra cosa en vuestras cartas.»

Mr. de Chateaubriand á Mr. el conde de Serre.

Paris 25 de junio de 1824.

«Mi destitución os habrá probado, señor conde, que no puedo servir: solo me es dado, pues, hacer votos por veros en el puesto debido á vuestro talento. Yo me retiro del mio, considerándome dichoso de haber contribuido á volver á la Francia su independencia militar y política, y á introducir la base de la duracion de siete años en el sistema electoral. No es tal como yo la habria querido, pues la variación de edad era en él una consecuencia necesaria; pero en fin, el principio queda establecido, y el tiempo hará lo demás, si es que no deshace lo hecho. Me lisonjeo, señor conde, de que no os habran sido desagradables nuestras relaciones, y por mi parte me felicitaré siempre de haber encontrado en el servicio público un hombre de vuestro mérito.

»Recibid la seguridad de mi consideración etc.

»CHATEAUBRIAND.»

Mr. de Chateaubriand á Mr. de la Ferronnays.

Paris 16 de junio de 1824.

«Si por casualidad os halláseis aun en San Petersburgo, señor conde, no quiero terminar nuestra correspondencia sin expresaros toda la estimación y toda la amistad que me habeis inspirado. Conservaos bien, sed mas feliz que yo, y contad conmigo en cualquier circunstancia. Escribo una palabra al emperador.

»CHATEAUBRIAND.»

En los primeros dias de agosto recibí la respuesta á esta despedida. Mr. de la Ferronnays habia consentido en aceptar las funciones de embajador siendo yo

triumfan despues de su salida del ministerio. Esa ley, que este habia concebido hace mucho tiempo como complemento de nuestras instituciones, marcará para siempre con la guerra de España su paso en los negocios. Mucho se ha sentido que Mr. de Corbiere quitase el sábado el uso de la palabra al que entonces era su colega. La cámara de los Pares habria oído al menos el canto del cisne.

»En cuanto á nosotros, entramos con un pesar profundo en una senda de combates, de la que esperábamos haber salido para siempre por la union de los realistas; pero el honor, la fidelidad política, el bien de la Francia, no nos han permitido vacilar en el partido que debíamos abrazar.»

Así quedó dada la señal de la reaccion. Mr. de Villele no se alarmó mucho en un principio, pues ignoraba la fuerza de las opiniones. Muchos años se necesitaban para echarle abajo, pero al fin cayó.

ÚLTIMOS BILLETES DIPLOMÁTICOS.

Recibí del presidente del consejo una carta, que lo arreglaba todo y probaba que con mi mucha sencillez yo no habia adquirido nada de lo que hace á un hombre respetado y respetable.

Paris 16 de junio de 1824.

«Señor vizconde: Me he apresurado á someter á S. M. el decreto por el que se os da un pleno resguardo por la sumas que habeis recibido del real tesoro para los gastos secretos durante todo el tiempo de vuestro ministerio.

»El rey ha aprobado todas las disposiciones de ese decreto, que tengo el honor de transmitir adjunto, original.

»Recibid, señor vizconde, etc.»

Mis amigos y yo entablamos una pronta correspondencia.

Mr. de Chateaubriand á Mr. de Talarn.

Paris 9 de junio de 1824.

«Ya no soy ministro, querido amigo: dícese que vos lo sereis. Cuando obtuve para vos la embajada de Madrid dije á muchas personas que lo recuerdan todavía:—«Acabo de nombrar á mi sucesor.» Deseo haber sido profeta. Mr. de Villele es el encargado de la cartera interinamente.

»CHATEAUBRIAND.»

Mr. de Chateaubriand á Mr. de Rayneval.

Paris 16 de junio de 1824.

«Yo he concluido, caballero, y espero que vos tengais aun obra para largo tiempo. He procurado que no tuviéseis motivos de queja contra mí.

»Es posible que me retire á Neufchatel, en Suiza: si esto sucede, pedid por mí de antemano á S. M. prusiana su protección y sus bondades: ofreced mis respetos al conde de Bernstoff, mis afectos á Mr. Ancillon y mis recuerdos á todos vuestros secretarios. Vos, caballero, os ruego creais en mi estimación y afecto muy sinceros.

»CHATEAUBRIAND.»